



Louis ou Antoine Le Nain, *Familia de campesinos en un interior*, hacia 1640-1645.
Óleo sobre lienzo, 113 x 159 cm

Seguridad pública: *¿civilidad o barbarie?*

Luis Ernesto Orozco Torres*

La vorágine de violencia extrema que asola a nuestras sociedades, en particular a nuestra ciudad, es ciertamente cuantificable, pero aún no es medible en términos cualitativos, en concreto, en cuanto a sus efectos sociales, culturales, familiares, comunitarios, económicos a mediano y largo plazo. Para ello, necesitaremos la distancia temporal prudente, y también, como un presupuesto lógico, es necesario que esta vorágine llegue a su fin; mientras dure, no será posible evaluar sus infaustos efectos en la vida de nuestra ciudad.

En la espiral de violencia extrema que estamos viviendo en nuestras ciudades, los ciudadanos estamos siendo sacudidos, estremecidos, cortocircuitados en nuestras fibras gregarias, en nuestras entretelas comunitarias, societarias; nuestra capacidad de asombro se ha estado poniendo a prueba, una y otra vez; nuestra inocencia cívica, ciudadana, ha estado siendo violada, trastocada por la lacerante, insultante incapacidad de respuesta social a la espiral de violencia que nos carcome, que nos engulle; nuestra cotidianidad ha sido transmutada, el día

a día ya no lo vivimos con su natural mundanidad; en las sobremesas familiares y en las charlas de café rumiamos la desesperación, la impotencia, la indignación, el asombro, la zozobra, el asco; mujeres y hombres jóvenes se ven forzados a tomar decisiones usuales teniendo en cuenta el factor muerte, como si se tratara de personas que se encuentran en el ocaso de sus vidas; y de entre los múltiples estados emocionales y perceptivos que los ciudadanos estamos experimentando con esta vorágine de violencia extrema, destaca la sensación de perplejidad.

Ante este escenario desolador el residente se encuentra desconcertado, este es el lugar común: ¿qué podemos hacer para frenar esta violencia? No lo sabemos. A esta pregunta que intitula nuestra incertidumbre y es el preludio de nuestro dilema, se abre un abanico de posibilidades, de medios, de técnicas, de políticas, de actores que en última instancia nos remonta a una cuestión vital:

Estamos perplejos por una razón simple, no es la violencia misma lo que nos lleva a tal estado, es el dilema ético-cívico, hacia el que los ciudadanos hemos sido empujados, arrastrados, el que nos

Un comienzo certero para salir del estado de perplejidad en el que nos encontramos, es nombrar a las cosas por su nombre. Esta espiral de violencia extrema que estamos experimentando en nuestras sociedades, sólo puede ser denominada de una manera: *la barbarie*.

aturde y descorazona. De pronto, los ciudadanos nos encontramos ante una disyuntiva crucial ineludible: *civilidad o barbarie*. Es decir, nuestra respuesta a la voráGINE de violencia extrema que vivimos, ¿será civilizada o barbárica?; los medios de los que habremos de echar mano para frenar esta violencia, ¿serán civilizados o barbáricos?

Los occidentales, los latinoamericanos por lo menos, somos tributarios de la cultura occidental; hemos recorrido ya un largo camino de evolución cultural en su conjunto, y en particular, cultura jurídica, política y social. Dentro de la respuesta social al fenómeno de la criminalidad y la violencia en el decurso histórico, hemos pasado de la venganza privada desmedida, al ojo por ojo y diente por diente, que es la venganza privada con medida; de la venganza pública a la venganza estatal; de la retribución estatal por hechos delictivos a la readaptación y la reinserción social; del derecho penal clásico al derecho penal garantista. Y en ese devenir evolutivo la humanidad se ha dejado la sangre, el corazón, es decir, nos ha costado mucho avanzar hacia concepciones más humanas del poder, de la política, de lo jurídico, de lo social, de lo económico, etcétera.

Un comienzo certero para salir del estado de perplejidad en el que nos encontramos, es nombrar a las cosas por su nombre. Esta espiral de violencia extrema que estamos experimentando en nuestras sociedades, sólo puede ser denominada de una manera: *la barbarie*.

Las estrategias que hasta hoy se han puesto en marcha, no han dado los resultados esperados, o al menos no los anunciados. Y en nuestra desesperación, los ciudadanos nos sentimos seducidos por la idea de retrotraernos mil años o más, involucionar hacia medidas radicales de solución de la conflictiva social, como sería la venganza ya sea privada, pública, estatal o paraestatal, ya superadas material y teóricamente, vaciando de contenido con ello nuestra calidad de ciudadanos de una sociedad democrática, libre y soberana; sin advertir que esto, sólo sería muestra de que el Leviatán nos ha tragado al fin, que el

monstruo nos digiere.

La barbarie es la negación de la cultura, de la sociedad, de la democracia, del progreso, del desarrollo, de la modernidad, de la propiedad, de la riqueza, de la libertad... de la vida. Volver a las prácticas barbáricas, es un crimen mayor que el que queremos atajar, que el que queremos neutralizar. El crimen es la barbarie, y ésta es un crimen contra la civilidad; no podemos erradicarla de nuestras comunidades y sociedades, con una barbarie justa, con un salvajismo bueno o benéfico, eso no existe, si una acción es barbárica entonces no es justa, y si es justa entonces no es barbárica.

Al final del día, hemos de tomar partido, hemos de tomar una postura: ¿estamos a favor de la barbarie o estamos a favor de la civilidad? Y esa toma de postura habrá de ser de miras amplias, de largo alcance, pues bien dijo Ortega y Gasset, "...en política 'vivir al día' es casi inevitablemente morir al atardecer"¹. Por eso, necesitamos una política de Estado contra el salvajismo, que reafirme la naturaleza del Estado democrático de derecho y no una política que lo socave; una política de Estado que sea la negación de la barbarie, y no su confirmación.

Porque una política de seguridad pública basada únicamente en el esquema de represión, de castigo, que soslaye esquemas de control social blando como la prevención, no es una política pública de seguridad propia de un Estado democrático de derecho. Y la permisión de tomas de postura y de acciones paralelas al Estado, es la negación del Estado mismo. Parafraseando al prócer argentino Juan Bautista Alberdi, diremos que *juzgar los crímenes es más que simplemente castigarlos, porque no es el castigo el que arruina al criminal, es la sentencia quien lo hace, la sentencia actuando como golpe de sociabilidad contra la brutalidad*. Sólo podremos terminar con la violencia extrema que nos sobrecoge blandiendo contra ella la espada de la civilidad, de la institucionalidad.

No existe pues, la barbarie contra la barbarie,



Jacques Louis David, *La Coronación de Napoleón I, el 2 de diciembre de 1804*, 1806-1807. Óleo sobre lienzo, 621x979 cm.

eso sería abonar al caudal de bestialidad en el que ya nos hundimos. Hemos de erigirnos estoicamente en defensores de la cultura, de la racionalidad y de nuestra sociedad; el enemigo común es la barbarie. Ésta, se autoreproduce, y cuando lo hace en el ámbito del Estado, los ciudadanos nos quedamos sin espacio para la civilidad.

Así pues, la respuesta teleológica a la pregunta planteada: *¿Qué podemos hacer para frenar la vorágine de violencia extrema?*, habrá de consistir en una apuesta fuerte comprometida y serena por la ciudadanía, por la cultura, por la vida institucional; y en un rechazo categórico a toda clase de barbarie, tanto la que se nos presenta como índices delictivos, como la que se nos propone como *modelos de prevención y represión*. esta, me parece, es la premisa de la ruta crítica que habremos de seguir si queremos liberarnos, y librar a los que aún están por venir a este mundo, del flagelo de la barbarie en todas sus formas.

¹ José Ortega y Gasset, *Meditación de Europa*, Revista de Occidente, Madrid, 1960, p. 49.

(viene de p. 16)

deración, por ejemplo, que aun cuando las autoridades chilenas no alertaron de la llegada de los maremotos, que horas después del terremoto devastaron las ciudades y pueblos costeros de la Región del Maule y del Bío Bío, por iniciativa propia centenares de chilenos corrieron a refugiarse a los cerros, evitando así una catástrofe que pudo haber tenido enormes proporciones. Por otra parte, Chile es un país con instituciones políticas y sociales mejor consolidadas que Haití, que permiten afrontar de manera más afortunada el caos, el vandalismo y la desesperación de la población causada por la falta de alimentos, agua, electricidad y comunicaciones, por ende, el restablecimiento del orden y el estado de derecho tiende a imperar con mayor celeridad.

*Docente-investigadora de la UACJ.